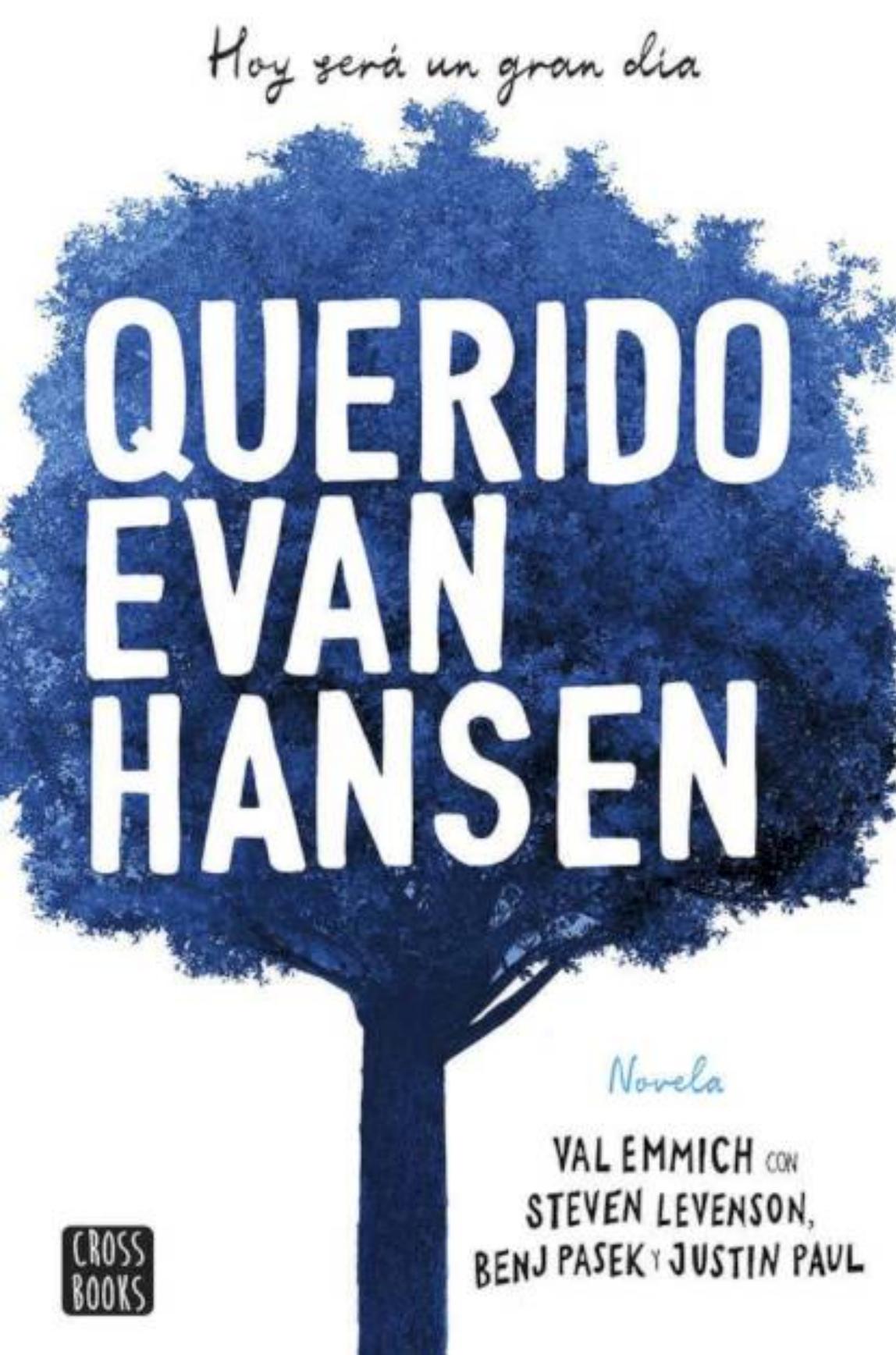


Hoy será un gran día



QUERIDO EVAN HANSEN

Novela

VAL EMMICH CON
STEVEN LEVENSON,
BENJ PASEK Y JUSTIN PAUL

CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Abandoné la escena...

Primera parte

1

2

3

4

5

I

6

II

7

8

9

10

III

11

12

13

14

IV

15

V

16

Segunda parte

17

18

VI

19

20

21

VII

22

23

24

25

VIII

26

IX

Epílogo

Nota de los autores

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Evan Hansen creía varias cosas:

Que jamás superaría sus ataques de ansiedad.

Que a nadie le importarían sus problemas.

Que nunca lograría conectar con alguien.

Que siempre se sentiría vacío, excluido y decepcionado.

Que a la gente solo le importa aparentar en las redes sociales.

Se equivocaba en todas.

Todo empezó con una carta que salió del corazón y cayó en manos erróneas... para acabar en una auténtica revolución por un mundo más amable.

Ahora Evan tiene la oportunidad más importante de su vida: no solo de ser reconocido, sino de decir lo que importa, crear vínculos, dejar huella... e incluso entender ese curioso fenómeno llamado amor.

QUERIDO EVAN HANSEN

VAL EMMICH CON
STEVEN LEVENSON,
BENJ PASEK Y JUSTIN PAUL



Abandoné la escena.

«Es mejor arder que extinguirse lentamente», ¿verdad? Eso dijo Kurt Cobain en su carta. Vi un vídeo que hablaba de varios famosos: Ernest Hemingway, Robin Williams, Virginia Woolf, Hunter S. Thompson, Sylvia Plath, David Foster Wallace, Vincent Van Gogh. No me estoy comparando con ellos, os lo aseguro. Esas personas dejaron un legado. Yo no dejé nada. Ni siquiera fui capaz de redactar una nota.

Compararlo con el fuego es la mejor manera de describirlo. Tienes la sensación de estar ardiendo por dentro, día tras día, y el incendio crece por momentos hasta que al final resulta excesivo. Les pasa incluso a las estrellas. En algún momento se extinguen o estallan, dejan de existir. Pero, si estás mirando el cielo, no lo percibes así. Piensas que todas siguen ahí. Sin embargo, algunas ya no están. Desaparecieron. Hace tiempo. Igual que yo ahora, supongo.

Mi nombre fue lo último que escribí. En la escayola de un compañero. No se puede considerar una nota de despedida. Pero oye, dejé mi pequeña huella. En un brazo roto. Me parece apropiado; poético, si te paras a pensarlo. Y pensar es prácticamente lo único que puedo hacer.

PRIMERA PARTE

1

Querido Evan Hansen:

Así empiezan todas mis cartas. «Querido» en primer lugar, porque es el encabezamiento habitual. Obligatorio. A continuación hay que escribir el nombre del destinatario. En este caso, soy yo. Me escribo a mí mismo. Pues eso, Evan Hansen.

En realidad Evan es mi segundo nombre. Mi madre quería llamarme Evan y mi padre, Mark, igual que él. Mi padre ganó la batalla a juzgar por mi partida de nacimiento, pero mi madre ganó la guerra. Nunca me ha llamado por ningún nombre que no fuera Evan. En consecuencia, tampoco mi padre. (Ojo, *spoiler*: mis padres ya no están juntos.)

Solamente soy Mark en el permiso de conducir (que no me sirve para nada), en el currículum o durante el primer día de clase, como hoy. Mis nuevos profes, cuando pasen lista, preguntarán si «Mark» está presente, y a mí me tocará pedirles uno por uno que, por favor, se dirijan a mí por el segundo nombre. Como es lógico, lo haré cuando todos mis compañeros hayan abandonado el aula.

Hay tropecientos mil cosas de lo subatómico a lo cósmico que me sacan de quicio un día sí y otro también, empezando por mis iniciales: M. E. H. En inglés, la palabra *meh* equivale a encogerse de hombros, un gesto que viene a resumir la reacción que suscita mi persona en el mundo. Nada que ver con la sorpresa de «oh». O el asombro de «ah».

O la duda de «eh». O el apuro de «uh». *Meh* implica pura indiferencia. Lo tomas o lo dejas. Da igual. A nadie le importa. ¿Mark Evan Hansen? *Meh*.

Pese a todo, yo me considero más bien «eh», que se parece más a buscar aprobación, a pedir confirmación. Algo así como: «Es majó ese tal Evan Hansen, ¿eh?».

Mi madre dice que soy piscis de la cabeza a los pies. El símbolo de mi signo son dos peces entrelazados que intentan nadar en sentidos opuestos. Está superenganchada al rollo ese de la astrología. Le descargué una aplicación en el móvil para que pudiera consultar su horóscopo cada día. Ahora me deja mensajes por toda la casa con frases del tipo: «Abandona tu zona de confort». O cuela la frasecita de turno en nuestras conversaciones: «Afronta nuevos desafíos. Un negocio de riesgo con un amigo podría dar buenos resultados». En mi opinión, todo eso son chorradas, pero a mi madre el horóscopo le aporta esperanza y una cierta orientación en la vida, lo mismo que, en teoría, estas cartas deberían ofrecerme a mí.

Hablando de cartas. Después del saludo viene el meollo del mensaje: el cuerpo. Mi primera frase siempre es la misma:

Hoy será un gran día y te voy a decir por qué.

Una mentalidad positiva propicia experiencias positivas. Esa viene a ser la idea que dio origen a estas cartas.

Al principio intenté escaquearme. Le dije al doctor Sherman:

—No creo que escribirme una carta a mí mismo me vaya a ayudar demasiado. Ni siquiera sabría qué poner.

Él conectó la antena y se echó hacia delante en la butaca en lugar de quedarse repantingado, como hace normal-

mente.

—No hace falta que lo sepas. Esa es la finalidad del ejercicio: explorar. Podrías empezar diciendo algo como: «Hoy será gran día y te voy a decir por qué». Continúa a partir de ahí.

A veces tengo la sensación de que la terapia es una chorrada como una casa y otras pienso que el verdadero problema radica en que no me acabo de implicar a tope.

Da igual, al final seguí su consejo; al pie de la letra. (Una preocupación menos.) Porque el resto de la carta es peliagudo. La primera frase únicamente sirve de introducción, y luego tengo que desarrollar esa afirmación con mis propias palabras. Me toca demostrar por qué hoy será un gran día cuando las pruebas sugieren todo lo contrario. Todos y cada uno de los días anteriores han sido una porquería, así que ¿en qué me baso para afirmar que hoy será distinto?

¿Os digo la verdad? En nada. No creo que hoy vaya a cambiar nada. Así pues, ha llegado el momento de recurrir a la imaginación, de conseguir que hasta la última molécula de mi creatividad esté despierta y cooperando. (Se requiere toda una tribu molecular para escribir un discurso megamotivador.)

Porque hoy no tienes que hacer nada más que ser tú mismo. Pero además debes confiar en ti, eso es importante. Y ser interesante; una persona con la que se puede hablar, accesible. Y no te cierres, destápate; pero no en un sentido vicioso, no hace falta que te quites la ropa. Límitate a ser tú, a mostrar tu verdadero yo. Sé tal cual. Sé fiel a ti mismo.

Mi verdadero yo. ¿Qué narices significa eso? Parece la típica frase seudofilosófica que te colarían en un anuncio de

perfume en blanco y negro. Pero vale, da igual, no nos pongamos tiquismiquis. Como diría el doctor Sherman: «Estamos aquí para explorar».

Exploremos: cabe suponer que mi «auténtico» yo se desenvuelve mejor en la vida. Tiene más facilidad para relacionarse. Y no es tan tímido. Por ejemplo, me juego algo a que mi auténtico yo no habría desaprovechado la ocasión de saludar a Zoe Murphy en el concierto del grupo de jazz el curso pasado. No habría dedicado un buen rato a decidir qué palabra expresaba mejor los sentimientos que le había inspirado su actuación sin parecer un acosador —«bueno», «genial», «espectacular», «luminiscente», «fascinante», «sólido»— y luego, tras decidirse por «muy bueno», no se habría marchado sin decirle nada porque le preocupaba tener las manos húmedas. ¿Y qué importaba si le sudaban las manos? ¿Qué se creía, que iban a hacer manitas? Muy probablemente ella también tendría las palmas empapadas después de tocar la guitarra tanto rato. Además, las manos solo me transpiran cuando pienso que lo van a hacer, así que soy yo mismo el que se provoca los sudores y, obviamente, el «auténtico» Evan jamás haría algo tan patético.

Genial, ya lo estoy haciendo otra vez, conseguir que me suden las manos a fuerza de pensar en ello.

Ahora toca secar el teclado con la manta. Y acabo de escribir «csxldmrr xsmit ssdegv». Y encima me está transpirando el brazo también. El sudor acabará por instalarse debajo del yeso, donde nunca llega el aire, y pronto la escayola emanará un pestazo horrible, la clase de tufo que no quiero que ningún compañero del instituto llegue a oler ni de lejos, menos aún el primer día del último curso. Maldito seas, falso Evan Hansen. Eres agotador, de verdad.

Un profundo suspiro.

Alargo la mano hacia la mesilla. Ya he tomado Lexapro esta mañana, pero el doctor Sherman dice que no pasa nada por tomar también un Ativan si me agobio demasiado. Me trago el Ativan y a esperar el alivio.

Ese es el problema de escribir estas cartas. Al principio avanzo en línea recta, pero más tarde o más temprano tomo un desvío y acabo deambulando por las zonas más confusas de mi cerebro, donde nunca pasa nada bueno.

—Así que anoche decidiste no cenar.

Es mi madre. Está plantada delante de mí y sostiene el billete de veinte dólares que no gasté.

Cierro el portátil y lo escondo debajo de la almohada.

—No tenía hambre.

—Venga, cielo. No puede ser que no te atrevas a pedir comida cuando estoy trabajando. La puedes encargar por internet. Ni siquiera hace falta que hables con nadie.

Ya, solo que eso no es del todo cierto. Tienes que recibir al repartidor cuando llama a la puerta. Tienes que esperar a que encuentre el cambio, y siempre fingen que les falta alguna moneda, así que te toca decidir sobre la marcha si les das menos propina de la que tenías prevista o más, y, si les das menos, sabes que te van a insultar por lo bajo en cuanto den media vuelta, así que aumentas la propina y acabas arruinado.

—Lo siento —digo.

—No te disculpes. Es que... creía que lo estabas trabajando con el doctor Sherman. El tema de hablar con la gente. Relacionarte. No evitar la interacción.

¿Acaso no acabo de escribir esas mismas palabras en mi carta, que tengo que ser accesible, no cerrarme? Lo sé perfectamente, no necesito que me lo recuerde. Me pasa lo

mismo que con el asunto de las palmas sudorosas: cuanto más consciente soy del problema, más empeora.

Ahora pulula alrededor de mi cama con los brazos cruzados al mismo tiempo que inspecciona mi habitación como si esperara encontrar algo distinto de la última vez que estuvo aquí; como si pensara que, si se fija lo suficiente, encontrará la solución al «gran enigma Evan» escondida en la cómoda o colgada de la pared. Os lo aseguro: habida cuenta del tiempo que paso en esta habitación, si la respuesta estuviera aquí dentro, ya la habría encontrado.

Me incorporo, apoyo los pies en el suelo y me calzo las zapatillas deportivas.

—Hablando del doctor Sherman —continúa—, te he pedido cita para esta tarde.

—¿Hoy? ¿Por qué? Si no me toca hasta la semana que viene.

—Ya lo sé —responde con los ojos clavados en el billete de veinte que tiene en la mano—, pero he pensado que te vendría bien adelantar un poco la sesión.

¿Porque anoche no cené? Tendría que haberme quedado el dinero para que mi madre no se enterara, pero eso sería robar y el karma no perdona.

O puede que su decisión no se deba solo a ese billete intacto. Puede que hoy yo esté emitiendo una onda de nerviosismo superpreocupante de la que no soy consciente. Me levanto y me miro al espejo. Intento ver lo que ella percibe. Todo parece en orden: los botones de la camisa están alineados, me he peinado, incluso me duché ayer por la noche. Es verdad que mi higiene ha empeorado últimamente, porque es un rollo tener que proteger la escayola, primero con papel film y luego con la bolsa y la cinta de embalar. Tampoco se puede decir que me ensucie demasiado. Des-